







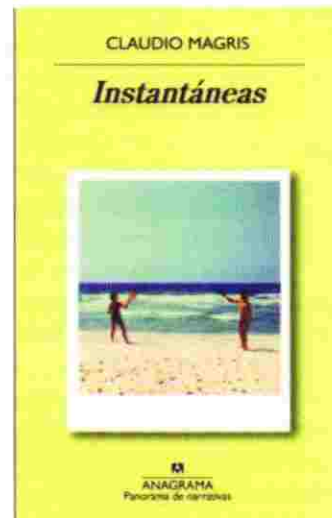




—cada vez más extendida en mi ciudad— de hacer pis en la calle, la moda que induce a “los jóvenes maleducados de buena familia a ir a hacerlo en las paredes, en los portales y en los vehículos aparcados”»: consecuencia esto «no tanto de la progresiva desaparición de los vespasianos, los viejos y gloriosos urinarios arrastrados por las reestructuraciones y las obras públicas, como por otros factores diversos: el creciente consumo de cerveza...». O como cuando describe la playa de Barcola, «que bordea la carretera principal de acceso a la ciudad, donde el mar enseguida cubre, tamariscos espumosos como olas en la orilla, un horizonte marino vasto y abierto, que en la infancia daba el sentido de la inmensidad oceánica, en una educación sentimental en la que se aprendía de una vez por todas la relación entre el eros y el mar». Algo que le lleva a decir que Trieste «no es solo un cruce de caminos entre Este y Oeste, como dice su leyenda, sino también entre Norte y Sur, entre la melancolía

escandinava de ciertos atardeceres de invierno y la vitalidad meridional del verano. Al fondo del golfo, donde las aguas italianas se vuelven eslovenas y después croatas, se ven la catedral de Pirano, la multiseccular huella del león de San Marcos en Istria y, más adelante, Punta Salvore, con su faro y sus pinos al viento».

Incluso, en un artículo del año 2012, tal vez el mejor de todo el libro, explica una visita que hizo a las cárceles del Coroneo, en Trieste, donde discutió con los detenidos sobre cómo nace un libro y lo que lo motiva, o la relación entre el autor y el lector. Y entonces un detenido, que cumple una pena por homicidio, le sorprende diciendo que también él escribe, pero que lo hace por razones opuestas a los que publican sus cosas, esto es, «para tener algo que sea nuestro, solo nuestro, fuera del control que obliga a someter cada trozo de nuestra vida y de nuestra realidad a los rayos X». Afirmaba el preso que entre rejas no poseía nada, sólo su existencia y unas cuartillas que no enseñaba a nadie. Una ocasión inmejorable para que Magris medite acerca de nuestra sociedad actual, tan dada al striptease emocional, al exhibicionismo vacío, a los selfies del corazón, que, como decía Flaubert, también tiene sus letrinas, que no hay por qué enseñar ni compartir con miles de desconocidos. ■



INSTANTÁNEAS  
Claudio Magris  
Anagrama, traducción de  
Pilar González Rodríguez, 160  
pp., 17,90 €